



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CÉNTIMOS NÚMERO

Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { 3 trimestre..... 2,50
 { 1 año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS... { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { 3 semestre..... 6
 { 1 año..... 12

LA ENTREGA DE CUBA

HABANA 1.º.—General Castellanos al ministro de la Guerra:

Al medio día de hoy acabo hacer entrega oficial Estados Unidos territorio esta isla, tributándose debidos honores con salva de 21 cañonazos á nuestra bandera, que ha sido saludada igualmente al ser retirada del castillo del Morro por otra de los americanos y sus buques guerra, revistiendo acto respetuosa solemnidad y acto deferencia y cortesía generales y tropas americanas hasta último momento, reinando entera tranquilidad esta capital. —Castellanos.

EL ETERNO PLEITO

Dice el país de los políticos:

Ralea de aventureros ávidos é insaciables, sacados de la nada por el favor, elevados al poder por la intriga, en la adversidad serviles, en la prosperidad insolentes, siempre ineptos y corrompidos, siempre ganosos de su medro, ocultando bajo palabras de miel la voracidad de sus apetitos, indiferentes á los males de la nación, fariseos de la equidad, hipócritas del patriotismo, traficantes de la conciencia, convirtiendo la vida pública en hediondo pudridero, gadónde pueden esos hombres llevar al pueblo patriota, sufrido, trabajador, honrado, sino á la ruina y al desastre?

Dicen los políticos del país.

Degenerado, inculto, indócil, desconocedor de sus derechos y enemigo de sus deberes, desertor de las urnas en que se forja la soberanía, rebelde á la tutela que por su minoridad necesita, incapaz para el trabajo, desprovisto de iniciativas, hondamente dividido en facciones inconciliables, eterno descontento de todo, sin llevar á la vida pública otra aportación que la de la censura ó la queja, ¿qué Gladstone, qué Cavour, qué Bismarck, qué genio de la política y de la estadística podría hacer una verdadera nación con un pueblo semejante?

¿Quién de entre ellos tiene razón? Los dos y ninguno. Como suele suceder, ambos aciertan y ambos yerran. Aciertan viendo la paja en el ojo del vecino; se engañan no viendo la viga en el propio. No está en la naturaleza de las cosas que un país degradado enjendre políticos perfectos, ni que políticos corrompidos salgan de las entrañas de una nación irreproachable. Si tan malos son los gobernantes, ¿por qué los tolera el país? Si el país es tan detestable, ¿por qué se desviven los políticos por gobernarle? ¿No es notorio que, en este pleito, cada uno de los contendientes, al acusar á su contrario, se acusa de paso á sí mismo?

Hay, no obstante, entre uno y otro esenciales diferencias que la justicia manda señalar. No es toda la culpa del país; no es toda la culpa del Estado. Pero será poco equitativo igualar á gobernantes y gobernados su situación y responsabilidad. El simple buen sentido marca bien las desigualdades.

El país está en su casa; los políticos en casa del país. Aquél peca por su cuenta; éstos pecan por cuenta ajena. La nación paga sus propios errores y extravíos; los políticos poner los suyos á cargo de la nación. La dis-

tinción, como se ve, no puede ser más radical. Si nunca hay derecho á pecar, es evidente que el pecado será doblemente grave cuando se perpetra en representación y á costa del prójimo.

No es lo mismo dirigir que ser dirigido, gobernar que ser gobernado. El cargo de tutor implica muy otras responsabilidades que la condición de pupilo. El que es guiado no se halla sujeto como el que guía á conocer las asperezas y los peligros del camino. En la derrota producida por una emboscada se imputa con razón la culpa al capitán y no al soldado. Del naufragio originado por negligencia no se acusa al pasajero, sino al piloto. Quien asume el cargo de gobernar, asume con él la obligación de velar por los intereses comunes. Para eso se dan gobernantes á las naciones. Para eso tienen los gobernantes medios de conocimiento y de acción que no poseen los simples ciudadanos. Por eso es imputable á aquellos y no á éstos la responsabilidad de las comunes catástrofes.

Corregir los vicios nativos, los malos hábitos hereditarios de un pueblo, es empresa larga y difícil, obra del tiempo, labor de siglos. Rectificar los rumbos torcidos de una política torpe y desastrosa puede ser cosa de un momento, de aquélla la historia humana no ofrece acaso un solo ejemplo; de ésto muchos. Hay derecho á exigir á los hombres lo fácil, y no lo imposible. A la razón, y no al instinto; á la reflexión, y no al hábito, toca aprovechar las lecciones de la experiencia. Si ante ellas no se enmiendan los que dirigen, ¿á qué título pueden pretender que se enmienden los dirigidos?

Una nación, aunque á sí misma se reconozca y declare incapaz de toda reforma, no puede dimitir, irse á su casa, retirarse á la vida privada. Al hombre público que no puede ó no quiere corregirse le queda este fácil camino. Si, por su culpa ó la del pueblo, no le es dado gobernar sin originar el desastre ó agravar sus consecuencias, ¿quién le ha metido en tal oficio? ¿Quién le obliga á persistir en él? ¿Qué puñal se le pone al pecho para que no se vaya? ¿Qué otra cosa se le pide, si no es que se largue con viento fresco? ¡Feliz condición la del gobernante, á quien le es lícito sustraerse con tanta facilidad á los enojos de la profesión y á las amarguras del cargo! De cierto, más de cuatro padres y maridos le envidiarán el privilegio.

De todo lo cual se infiere que no hay paridad en las recriminaciones que recíprocamente se lanzan al país á los políticos y los políticos al país. Ambos tendrán en los males colectivos su parte de culpa; pero siendo distinta su situación, distintas tienen que ser también sus responsabilidades. Que aquellos que nunca hicieron su provecho de las flaquezas nacionales, las condenen y estigmaticen, santo y bueno. Los que deben á ella su encumbramiento no tienen para criticarlas razón ni autoridad. Porque no hay nada tan donoso como oír á los políticos que se estilan decir, increpándole, al pobre pueblo: ¿nosotros te engañamos?, por qué eres crédulo; ¿nosotros suplantamos tu soberanía?, por qué eres torpe y negligente; ¿nosotros te corrompemos?, por qué eres corruptible; ¿nosotros te llevamos al desastre?, por qué fuiste; ¿nosotros te arruinamos?, por qué te dejaste arruinar. Ejemplos de una fresca tamaña ofrecen pocos los anales.

ALFREDO CALDERÓN.

LA VIDA NACIONAL

Domingo.—El Sr. Sagasta se «digna» abandonar el lecho, ya bien entrada la tarde, y conferenciar breves momentos con el Sr. Groizard.

Lunes.—El presidente del Consejo fuma un cigarrillo después del almuerzo y le hace una monerita de papel á su nietecito.

Martes.—D. Práxedes reanuda su partida de tresillo.

Miércoles.—D. Mateo lee el Balance de El Correo y expectora después con gran facilidad.

Jueves.—El Sr. Sagasta, apoyado en el brazo de Merino, da una vueltecita por toda la casa, hecho ya todo un hombre.

Viernes.—El jefe del partido liberal vuelve de lleno á la vida política, hasta el extremo de hacer chistes contra Gamazo.

Sábado.—D. Mateo se «digna» salir á la calle.

PLAN DE CAMPAÑA

Año nuevo, vida nueva, así lo ordena el refrán, y juro que he de cumplirle con escrupulosidad, y que desde el año próximo me voy á regenerar por arriba, por abajo, por delante y por detrás. Me arrepiento formalmente de haber sido liberal, porque eso no me resulta y estoy muy cargado ya. Si dejo á mis enemigos que vivan en libertad, me echan una zancadilla en combate desleal, y luego que me han vencido me quieren esclavizar. La política «á la carta» servirá en mi restaurant. Al que quiera palo, palo; y al que trigo, candeal; de este modo á cada uno por el gusto se le da: que hacer yo siempre de primo no me ofrece amenidad. Cansado estoy de no ser ni chicha ni limoná. De seguir como hasta hoy, hecho un Fulano de Tal, retirado en mi casita, procurando trabajar, viviré hecho un pobre diablo y no tendré para pan, y no seré ni persona de la «buena sociedad». Voy á dar un golpe á uno que lo voy á reventar, á ver si como otros muchos salgo de la oscuridad, y rompo el hielo y me hago un héroe popular, y hablan de mí los periódicos y estereotipan mi faz, y «me sale alguna cosa» y puedo hacerme un gabán. He de ser adúlador, entrometido y andaz, ó maldiciente y chismoso, según me convenga más. ¿Talento? Nadie lo tiene. ¿Honradez? Ni mi papá. ¿El amor? No estoy en casa. ¿Un infundio? La amistad. Todo esto no impide que me las eche de don Juan, y le llame amigo mío y le quite motas al que me preste dos pesetas ó me convida á almorzar. Me exhibiré en los teatros entre el tífus y la claque, riéndome de los cursis que con su dinero van. Cuando haya estreno, billetes el autor me mandará, y yo diré que la obra es una barbaridad, aunque al público le guste... y á mí también, además. Si en todo el año que viene ejecutando este plan, no he conseguido en Madrid una posición social... no me queda otro remedio que ponerme á torear.

Así exclamaba hoy un golfo en la calle de Alcalá, viendo si pasaba un duro entre Fornos y el Diván.

JOSÉ DE LASERNA.

DON QUIJOTE



—¡Que se va á cerrar!



¡Sólo la crisis puede salvarla!



—Pero ¡rediez!, ¿cuándo se gestiona la libertad de los prisioneros de Filipinas?



Preparándose á regenerarnos.
AVENTURAS DEL CABO LOPEZ



Lit. Jesús del Valle, 22

Año nuevo vida nueva.



Lo que nos han dejado los reyes.



Llegamos á Ilo-Ilo... y se enreda la madeja.

Ayuntamiento de Madrid

LOS PERIODISTAS PRESOS



Alejandro Lerroux.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR... MATEO

De este invierno cruel un soplo frío el viejo pecho hirió de D. Mateo, que en mantas hecho un lío, con toses y moqueo, esclavo siendo del catarro impío de la muerte pasaba ya las puertas cuando supo librarle el doctor Huertas. Y hoy Mateo, tan terne y tan ufano, gozoso de su suerte, se ríe de la muerte, de Segis, de Gamazo, de Silvela, y del género humano, y hasta de Cruz (D. Pablo), de todo su partido y parentela, de Dios y de los santos y del diablo. «Tengo—dice—más bríos que el maruso incivil Montero Ríos, y salvado el peligro de este invierno, seré—lo juro—en el poder eterno!

No proseguimos, porque verdaderamente comprometidos nos veríamos a subir la entonación de estas coplas al más agudo y retumbante tono épico. ¿Puede haber asunto más admirable ni que más obligue?

Aguilera es pequeño, si con el asunto se le compara. Más profundo es el tema que Capdepón.

¡Pon, pon!

Trátase de una resurrección, que celebramos.

No nos entristece el bien ajeno, ni aun el de nuestro enemigo.

Lo admirable, lo que nos había tentado a escribir una oda, no ha sido la muerte y resurrección del señor Sagasta... sino su ascensión.

Los que le reciben en el ascensor, si esperaron cubo con agua, no sabemos lo que hallarán al verse con que de lo hondo sube un vejete risueño rascándose la barba.

¿Pues y los que desde abajo—D. Germán, pongo por caso—le vean cómo va subiendo en el ascensor?

¡Ascensión de Sagasta!

¡Qué portentoso! ¡Qué maravilla!

Silvela quedará en cuclillas y cacareando y sin plumas, pues hasta las de *El Tiempo* se le van a caer.

Ya lo véis; ya no se elevan hombres jóvenes y nuevos, por virtud del empuje que desde abajo les comunica la subida creciente de la opinión popular. No, suben viejecitos respetables... que la muerte no quiso, que son elevados por el tira que tira de la cuerda de arriba, por mano afanosa y merced al giro de polea.

¿Y dejás, pastor viejo, tu grey en este valle hondo y oscuro en risa de conejo,

y tú, rompiendo el puro,

(no sé si fumas), subes

en ascensor seguro?

¡Qué bien, qué regalado, qué contento...

sigue Mateo, sigue satisfecho;

al cielo vas derecho

por obra singular de un gran portentoso!

Bien te elevan gachó... no estés quejoso,

te suben muy despacio

a las altas regiones de Palacio.

Arsenio está celoso,

y lo mismo que aquel que no hace nada,

otra orazonada

prepara el tunantón. El muy ladino

cortar quiere la cuerda

con loco desatino, romper el ascensor... y que a la izquierda te manden ¡oh, Sagasta... condenado! y él, en el ascensor, quedar sentado. ¡Qué tiempos, qué grandezas, qué incidentes... qué admirables sucesos en la historia! Para eterna memoria, fijarán sabedores diligentes... no de Guzmán, Gonzalo ni Pizarro, ni el Cid Campeador, han de valer acciones portentosas, tanto como estas cosas.

Ello fuere lo que fuere, el caso es que ofrece D. Práxedes tres efemérides para los futuros almanagues.

Fecha tal, nacimiento.

Tal, muerte y resurrección.

Tal, ascensión del Sr. Sagasta.

¿Qué más se ha de decir de estas quiscosas?

ANTONIO GÁLVEZ ARCE

Ha muerto en Murcia nuestro amigo y correligionario D. Antonio Gálvez Arce. Hombre de corazón, no había perdonado sacrificio por el triunfo de la democracia, la federación y la República. Jamás había rehusado puesto alguno de peligro; jamás temido las consecuencias de sus actos.

El año 1873 era diputado a Cortes. Temeroso de que no se llegase a la constitución federal de España por lo lentamente que se procedía en redactarla, fué lleno de pasión a Cartagena, y trabajó con tanta energía como el que más por derribar el Gobierno de la República.

No contribuyó poco a que se conservara y prolongara aquel deplorable movimiento. Puso en él toda su alma, y fué el mayor acicate para los que perdían alientos o se arrepentían. Momentos hubo en que lo era todo, y manejaba así la gente de mar como la de tierra.

No capituló, emigró; y a su vuelta se hallaba tan decidido como antes a aventurarlo todo por nuestra causa. Conspirador eterno, volvió a trabajar por que ondease en Cartagena el pabellón de la República, y estuvo en poco que lo consiguiera. Llegó a tener comprometida por su sola influencia la mayor parte de la guarnición y como seguro el éxito de sus trabajos.

Era muy anciano ya, y no podía menos de sentir el peso de sus años. Conservaba, sin embargo, firmes sus ideas y continuaba siendo el ídolo de Murcia, que desde muchos años veía en él su caudillo y su pensamiento.

(De *El Nuevo Régimen*.)

EL LORO Y LA URRACA

La devota doña Inés tuvo un loro, pico de oro. ¿Valdría dinero el loro que hablaba español e inglés? Sin ninguna ocupación, doña Inés pasaba el día rezando la letanía con alguna otra oración.

Y al loro, que era tan diest o como arriba queda dicho, le enseñó ¡raro capricho! a rezar el *Padre nuestro*!

—Hola—pensó el animal,—¿conque hay un Dios de alma pía que da el pan de cada día al dichoso racional?

Y así discurrendo, piensa que en vez de brotar del suelo el trigo, cae desde el cielo amasado a la despensa.

—Pues señor, a Dios imploro—grita el loro con fervor.—¡Concede, justo señor, la libertad a este loro!

Y grita que se las pela, esperando el muy simplón que se abra de su prisión la cerrada portezuela.

Mas viendo el tiempo pasar sin muestras de que se abriere, exclamó:—¿Qué Dios es ese que no me quiere escuchar?

A juzgar por las señales, pues me niega lo que pido, Dios tan sólo presta oído a los seres racionales.

—Calle el necio impertinente—chilló una urraca ladrona.—Irracional ó persona.

¿qué más da al Omnipotente? Dios, sin distinguir de nombre, escucha de modo igual al hombre como a animal y al animal como a hombre.

EN EL HARÉN

Acababa de salir del baño, y de su cuerpo, todavía húmedo, exhalábase emanaciones frescas.

Una dulce languidez, una deliciosa laxitud se había apoderado de sus miembros...

Dos esclavas negras, silenciosas como estatuas, la abanicaban suavemente...

Un largo bostezo prolongó la boca de Fátima.

—Me aburro.

De pronto se incorporó sobre el diván, y cogiendo entre sus manos uno de sus piececillos desnudos, lo acarició destraídamente con sus largos dedos, cuajados de brillante pedrería.

Luego se hizo coger en brazos por una de sus esclavas y mandó que la paseasen por el camarín.

Aquello la divirtió por algunos momentos. Montada sobre las robustas espaldas de la negra, la hincaba sus blancos y menudos pies en los costados, excitándola para que corriera.

Un ligero tinte rosado cubría sus mejillas, y de su boca entreabierta se escapaba fatigosa la respiración.

—¡Arre, caballo! ¡Hup! ¡Hup!

La esclava, enardecida por los gritos de su dueña, precipitaba su carrera, dando grandes saltos.

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

Hubo un momento en que Fátima se creyó libre, corriendo a galope tendido sobre briosa yegua, camino de su patria.

Un suspiro de satisfacción se escapó de su boca.

La negra, entusiasmada con la alegría de Fátima y orgullosa por llevar sobre sus espaldas aquel cuerpo tibio, que se enlazaba al suyo dulcemente, con presión cariñosa, redobló sus saltos, relinchando de gozo como una bestia.

Por las ventanas abiertas, desde las que se divisaban los jarlines del harén, entraba el aire fresco y perfumado de la mañana, alborotando la negra cabellera de la odalisca, desparramada sobre sus mórbidas espaldas.

Un nuevo y prolongado suspiro de satisfacción hinchó su pecho.

—¡Arre! ¡Arre!

Y hundió los rosados talones de sus blancos piececillos en el negro vientre de la esclava.

Cuando se cansó de pasear, mandó que la trajesen espejos de diversos tamaños para estudiar una vez más en ellos el desnudo de su hermoso cuerpo.

Quedó complacida del examen, verdaderamente satisfecha.

En seguida sus esclavos la perfumaron y la vistieron un hermoso traje, compuesto de una sobrevesta de damasco rosa, recamada de oro, con mangas bullonadas, y anchos calzones del mismo color.

Un gorriño de tísú rojo, echado hacia la sien izquierda, y unos zapatitos de terciopelo, de punta levantada, completaban su tocado.

Nuevamente se miró en los espejos que sostenían en sus negras manos las esclavas, y sonrió, envanecida por su belleza.

Después se puso a ensayar gestos y ademanes, a guiar los ojos, a hacer graciosas muecas...

Pero también se cansó de este juego.

Un inmenso aburrimiento, un profundo hastío, se fué poco a poco apoderando de su ánimo.

No sabiendo qué hacer para distraerse, se tendió indolentemente en el diván, con las manos cruzadas detrás de la nuca, los ojos cerrados, en actitud de supremo fastidio...

Como recurso para ahuyentar su mal humor, tomó una taza de café de Siria, bebiéndola a pequeños tragos; fumó un *narguile*, perfumado con agua de violetas; trituro entre sus blancos dientes unos cuantos granos de dorada almárga, y por último, maseó con repugnancia, haciendo graciosos aspavientos con su pequeña boca, unos esquisitos confites, olientes a flores.

Pero nada lograba distraerla.

¡Ah! Y pensar que allá fuera cruzaban el Bosforo, en dirección a su patria, aquellos buques cuyos largos palos alcanzaba a divisar desde las ventanas de su dorada prisión, mientras ella se moría lentamente, a pedrazos, encerrada entre cuatro paredes, prisionera de la lujuria de un apasionado turco.

—¡Si yo pudiese huir!

Un estremecimiento súbito sacudió su cuerpo, mientras sus ojos se fijaban desconfiados en las esclavas, que en pie delante de ella, la observaban atentamente, en espera de sus órdenes.

—No... eso no es posible.

En aquel momento apareció en la puerta un altísimo eunuco, envuelto en una amplia túnica, más blanca que el armiño.

—¡El señor!

Al oír esta palabra Fátima saltó alborozada del diván, batiendo alegremente las manos.

—Oh, Alah lo envíe!

Y se echó a reír como una loca.

MIGUEL SAWA.

Almanaque de DON QUIJOTE
PARA 1899

Está a punto de agotarse la edición, aunque nos esté mal el decirlo.

Forma un volumen de 64 páginas, y publica originales de nuestros primeros escritores y caricaturas de los más notables artistas.

Precio: 50 céntimos para el público y 10 para los correos y suscriptores de **DON QUIJOTE**.

¡Aprovechar la ocasión!

MADRID. —Imprenta de Antonio Marzo, Apólica 18.